

## *Obedecer por amor<sup>1</sup>*

### *La parábola del padre misericordioso*

1. La Cuaresma es como un grandioso movimiento de una sinfonía. Tiene un tema bellísimo y fundamental, que se repite de muchas formas y nunca cansa: la llamada divina a la conversión. La importancia que siempre tiene para nosotros pasar del pecado a la gracia, de la enemistad a la amistad, a la intimidad, con Dios.

El punto de partida, como no podía ser de otra forma, es la conciencia viva y personal de que somos pecadores. Todos estamos afectados por esa enfermedad de origen que es el pecado original. Y por su consecuencia directa, *la concupiscencia*. Una ardiente y desordenada tendencia al egoísmo y al placer sensible que, si no la frenamos, nos esclaviza. Con san Agustín podemos afirmar que *para los enfermos vino Cristo y a todos nos encontró enfermos (...). Y si alguien creyera estar sano tendría la peor enfermedad<sup>2</sup>*.

Como suele pasar, todo esto y mucho más, nos lo ofrece Jesús, de modo diáfano, a través de sus parábolas. En particular con la que acabamos de escuchar, tal vez la más hermosa que salió de sus labios. Aquella que habitualmente es llamada del *hijo pródigo*, pero que muy bien podría denominarse del *padre misericordioso<sup>3</sup>*.

En el centro del relato aparece un padre bueno. Un hombre de cierta edad, paciente y generoso, empeñado en educar del mejor modo a sus dos hijos. Del texto se desprende que en ese proceso, como todo buen padre, deja un amplio espacio a la libertad. Él anhela lo mejor para sus hijos. Y los quisiera retener a su lado, en la casa paterna, pero comprende que no puede imponerles coactivamente sus propios deseos. Por eso, cuando el hijo menor le pide *la parte de la herencia que le toca*, aunque siente que se desgarran su corazón, lo acepta y *les reparte sus bienes*.

### *El hijo menor: libertad sin obediencia*

2. Los dos muchachos, coprotagonistas con su padre en la narración, son descritos magistralmente con pocos trazos. El joven se nos muestra inquieto y rebelde. Le hechiza la tentación de buscar locas aventuras en ambientes lejanos y exóticos. Y cae en las redes de su propia inexperiencia. Tras unos fugaces momentos de éxito, cuando se le acaba el dinero, se queda solo y hundido en la más profunda tristeza. El espejismo que lo cegó ha desaparecido y, en su lugar, con crudeza, se

---

<sup>1</sup> Homilía en el IV domingo de Cuaresma, ciclo C.

<sup>2</sup> SAN AGUSTÍN, *Sermón* 80.

<sup>3</sup> Evangelio, *Lucas* 15, 1-3. 11-32.

descubre a sí mismo sometido y degradado, cuidando aquellos animales, los cerdos, que para todo israelita eran inmundos.

Es entonces, mientras se encuentra en esa extrema postración, cuando brota en su interior la nostalgia de la casa paterna. Recuerda la bondad de su padre con sus trabajadores y decide reencaminarse: *Me levantaré, volveré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.*

Sintetizando la situación antes descrita, queda claro que aquel muchacho ejerció mal su libertad. Ese precioso don del cielo, que lo llenaba de grandeza y dignidad junto a su padre, él la convierte en excusa para dar rienda suelta a sus pasiones. Su libertad en lugar de ser *una fuerza de crecimiento y de maduración en la verdad y en el bien*<sup>4</sup>, se convierte en libertinaje. En una fuerza ciega que lo envilece y autodestruye. Y es que, en definitiva, una libertad sin verdad y sin ley, sin obediencia a Dios, no puede tener buen fin<sup>5</sup>.

#### *El hijo mayor: obediencia sin libertad*

3. Digamos ahora unas breves palabras sobre el hijo mayor. Se trata, en una primera aproximación, de un hombre bueno. Un muchacho que vive la ley y el orden en la casa de su padre. Que no da motivos de preocupación a nadie ya que cubre adecuadamente las apariencias delante de la familia y de la sociedad. Nada que ver, como diríamos hoy, con la escandalosa conducta de su hermano menor.

Pero todo ese falso tinglado se desmorona al regresar su hermano. Mientras el padre misericordioso sale emocionado al encuentro del hijo menor cuando lo descubre a lo lejos y luego lo abraza y cubre de besos. Este hermano mayor *se enojó y no quiso entrar* al banquete. Lo que, de modo patente, manifiesta que su corazón estaba endurecido por el egoísmo y el rencor. La magnánima reacción de su padre, le suscita una fuerte envidia, y apenas puede le reclama que él no ha recibido nunca *ni siquiera un cabrito para comerlo con sus amigos.*

Es claro, me parece, que aquí hay obediencia, sí. Hay cumplimiento de las normas morales y de las buenas costumbres, pero no hay verdadera libertad porque, sencillamente, no hay amor. La libertad cuando es auténtica se expresa no en el mero cumplimiento formal, exterior, de los deberes morales, sino realizando todo eso amorosamente. Cuando el buen comportamiento brota de un principio interior sin coacción alguna. Según aquello que inmortalizó san Agustín: *Ama y haz lo que quieras*<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1731.

<sup>5</sup> Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Carta pastoral*, 14-II-1997, nn. 17-19.

<sup>6</sup> SAN AGUSTÍN, *In Epist. Ioan. ad Parthos*, VII, 8.

Atinadamente se ha escrito al respecto: *Cuanto más libres somos, más podemos amar (...). A su vez, crecer en el amor es crecer en libertad, es ser más libre. Con palabras de santo Tomás de Aquino: (...) “Cuanto más intensa es nuestra caridad, más libres somos”*<sup>7</sup>. Si no aprendemos a amar de verdad, nunca entenderemos el sentido de la obediencia ni podremos vivir en *la libertad gloriosa de los hijos de Dios*<sup>8</sup>.

Hay mucho que aprender en esta parábola. Mirando a estos dos hermanos es evidente que todos, quién más quién menos, actuamos unas veces como el menor y otras veces como el mayor. Y, por lo mismo, siempre necesitamos de conversión.

*Jesús: libertad, obediencia y amor.*

4. Ahora bien. Si reflexionamos un poco, descubriremos en el trasfondo del texto evangélico, un tercer hijo. El menor vivió una libertad desenfrenada y sin obediencia; el mayor, una patética obediencia sin libertad y sin amor. Pero hay otro hijo, también joven, que vivió delicadamente tanto la obediencia como la libertad. Se trata del narrador de la parábola, Jesucristo, nuestro Señor.

Toda la vida de Jesús, en efecto, se puede resumir en una sola palabra: *obedeció*. Lo primero que sabemos de él, las primeras palabras que recoge el Evangelio, fueron las que pronunció en el templo ante María y José que lo habían estado buscando durante tres días: *¿no sabían que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?*<sup>9</sup>. Y las últimas, justo antes de morir: *Todo está cumplido*<sup>10</sup>. Jesús, a lo largo de toda su vida, cumplió fielmente la voluntad de su Padre Celestial. Como expresa san Pablo de modo admirable: *Cristo (...) fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*<sup>11</sup>. Benedicto XVI nos lo explica: *En su obediencia al Padre, Jesús realiza su libertad como elección consciente motivada por el amor. ¿Quién más libre que Él, que es el Todopoderoso? Pero no vivió su libertad como arbitrio o dominio. La vivió como servicio*<sup>12</sup>. Obedeció, entonces, pero uniendo al cumplimiento de la voluntad del Padre, el amor más vibrante y puro que pueda imaginarse.

Nosotros, en esto como en todo, debemos imitar al Señor. Y no pensemos que actuar así nos haría inmaduros o infantiles, ¡todo lo contrario! Pisando en las huellas de Cristo obediente adquiriremos una enorme personalidad y una profunda paz

---

<sup>7</sup> F. OCÁRIZ, *Carta pastoral*, 9-I-2018, n. 5.

<sup>8</sup> *Romanos* 8, 21.

<sup>9</sup> *Lucas* 2, 50.

<sup>10</sup> *Juan* 19, 29.

<sup>11</sup> *Filipenses* 2, 8.

<sup>12</sup> BENEDICTO XVI, *Ángelus*, 1-VII-2007.

interior. Y, además, por esa senda nos haremos eficaces colaboradores suyos en la salvación de las almas. No olvidemos que el primer pecado de la humanidad fue de soberbia y grave desobediencia, cuando en el Paraíso nuestros primeros padres quisieron ser como Dios<sup>13</sup>. Si, por el contrario, nosotros procuramos obedecer a Dios y a quienes legítimamente lo representan, nos maravillaremos del resultado.

5. Aprendamos de María que no quiso otra cosa que ser *la esclava del Señor*. Nosotros igual.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 31 de marzo de 2019.

---

<sup>13</sup> Cfr. *Génesis* 3, 4.